

Mario
Cuesta
Hernando

Nada bajo los pies



Fotograma del documental *Antártida. Un mensaje de otro planeta*



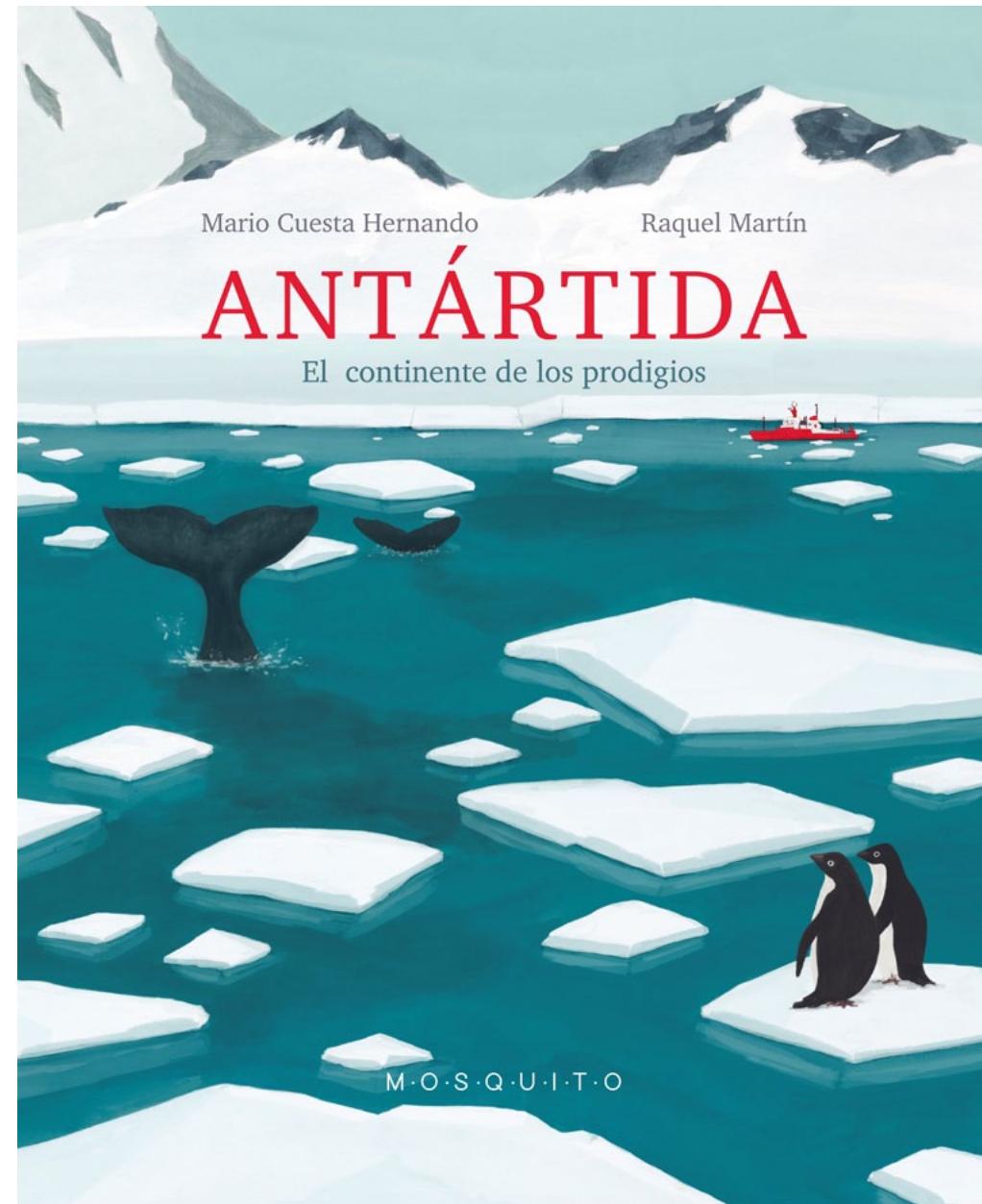
Con la intención de impulsar la vocación científica, y que las personas se enamoren del planeta, Mario Cuesta Hernando nos invita a conocer su experiencia en la Antártida, un viaje a lo desconocido, un “salto al vacío” que le ha cambiado la vida por completo y que comparte con todos nosotros a través del documental y el libro que han surgido a partir de sus vivencias.

En mi vida he dado dos saltos al vacío.

El primero fue en 2009, cuando una fundación británica me concedió una beca para residir en Damasco. Fui a Siria sin conocer nada del país, que en esos años estaba envuelto en las acusaciones de George W. Bush de que era uno de los Ejes del Mal. Mientras hacía las maletas varias personas me previnieron de que las bombas que aún caían sobre Irak no tardarían en llegar al país vecino. De aquella experiencia salieron varios cortometrajes, y un libro, *Por encima de mi cadáver*, que publiqué en 2015, con Ediciones del Viento.

Mi segundo salto al vacío fue dos años después, en 2017, cuando presenté una propuesta de divulgación al Comité Polar Español y este me concedió plaza en el BIO Hespérides para ir a la Antártida. Allí el precipicio tenía que ver con renunciar, *sine die*, a mi salario como guionista de televisión y jugarme todos mis ahorros para sacar adelante un documental *Antártida. Un mensaje de otro planeta* y un libro ilustrado infantil *Antártida. El continente de los prodigios*. No contaba con financiación de ningún tipo, ni con el respaldo de una productora, canal de televisión o editorial infantil. Más bien al contrario, todos me habían denegado su apoyo. Era, además, mi primer trabajo como productor-realizador. Si las cosas se torcían, difícilmen-

Portada del libro de Mario Cuesta, ilustrado por Raquel Martín y publicado por Mosquito Books.





Navegando en el Hespérides por aguas antárticas

te lograría credibilidad para proyectos futuros.

Pueden parecer dos experiencias inconexas, pero no lo son. Sin la primera nunca habría hecho la segunda. Después de un primer salto a lo desconocido, uno aprende a sostenerse en el aire, a desconfiar de los malos augurios. Y, sobre todo, mi estancia en Siria me permitió comprender el sentido real, hecho de carne ciudadana, de palabras como guerra, democracia, y cooperación internacional. En 2017 hacía seis años que la guerra civil asolaba un país del que yo me enamoré, donde hice buenos amigos y me enamoré. No es una reiteración, en Siria me enamoré del país, y me enamoré de la que hoy es mi mujer.

Como guionista con más de quince años de experiencia en programas de aventura, naturaleza



La fauna, el continente y la investigación protagonizan Antártida. Un mensaje de otro planeta

“El documental no es sobre política y medioambiente, sino que es un reflejo de la experiencia vital, profunda y transformadora que fue para mí visitar la Antártida”

y divulgación, estaba fascinado por los prodigios naturales del sexto continente, como todos mis colegas de profesión. La Antártida es un sueño que parece inalcanzable. Las fotografías y los videos de aquellos muros glaciares, los resultados brillantes que obtienen los investigadores polares, la historia de su descubrimiento y exploración

(por favor, dejemos de hablar de “su conquista”), son embriagadoras.

En 2012, mientras trabajaba como guionista de Jesús Calleja en Desafío Extremo, alimenté aún más ese apetito, escribiendo un doble programa sobre su aventura en el polo sur. Pero en 2017 lo que no me sacaba de la cabeza era que aquel fuera un territorio gobernado por la paz y la cooperación, desde hacía más de medio siglo. ¡Donde incluso los países dejaban en suspenso sus reclamaciones territoriales, mientras se hablaba de dividir Siria, invadirla, o convertirla en un Califato! Estoy seguro de que sin mi experiencia vital en Oriente Próximo, habría realizado un documental más sobre ciencia polar y el prodigo de ese manto de hielo de cuatro kilómetros de espesor. Probable-





mente sin nada nuevo que añadir. En cambio, para mí los valores del Tratado Antártico se convirtieron en el eje principal, el motivo de estar allí. Me siento feliz de haber sido testigo de ese espíritu de concordia y estoy satisfecho de haberlo difundido, sobre todo entre los más pequeños. Hace apenas un año he sido padre por primera vez y, cuando llegue el momento de hablarle a mi hija del valor de la paz, la cooperación, la protección del medio ambiente, la promoción de la ciencia, la confianza en los científicos, la admiración por los investigadores, su mundo futuro basado en el conocimiento y no en charlatanes que se lucran con sus mentiras, cuando llegue ese momento y ella me mire con la ceja arqueada, señalando la portada sangrienta del periódico, yo le replica-

ré apuntando mi dedo hacia el polo sur. Por eso siempre digo que mi proyecto no es una mirada a la Antártida, sino de la Antártida a nosotros. También insisto en que el Tratado Antártico, sus valores, su realidad incontestable, debería ser un faro que ilumine al resto de las relaciones internacionales en sus tribulaciones.

Dicho esto, que nadie piense que va a poner en las manos de su hija de seis años un libro ilustrado sobre política internacional. Este es un libro sobre los prodigios de la Antártida, tanto los naturales, como los humanos. Es un viaje lleno de sorpresas, que avanza como un relato en primera persona, usando a los investigadores como hilo conductor. Mi objetivo es que los lectores sientan burbujejar en su interior la vocación científica,

"Antártida. El continente de los prodigios es un libro lleno de sorpresas, que avanza como un relato en primera persona, usando a los investigadores como hilo conductor"

Una de las páginas interiores del libro *Antártida. El continente de los prodigios*.

y que se enamoren del planeta. Como digo en mi documental "los seres humanos solo protegemos aquello que amamos". Amar el planeta es protegerlo con la fuerza con la que defendemos, por ejemplo, a nuestros hijos. Ahora sé de lo que hablo. Siempre hemos tratado a la Tierra como a una madre, tal vez deberíamos cuidarla como a una hija.

Por su parte, el documental contrapone la edificante historia oficial con la encubierta. Desde luego, no escondo los intereses que se ciernen sobre un continente rico en recursos minerales sin explotar y sobre unos mares donde faenan pescadores piratas. Por cierto, algunos españoles. En lugar de pontificar, son los investigadores, militares, turistas y diplomáticos de varios países como España, Chile, Argentina, Estados Unidos o Rusia, los que ofrecen su parecer sobre la vigencia del Tratado y sus amenazas. Esa polifonía multinacional me parecía indispensable en un territorio sin fronteras. Entre los testimonios cuento con el de Andrés Barbosa, experto en pingüinos, adscrito al Museo de Ciencias Naturales de Madrid y que -les anticipó las malas noticias- vaticina la futura desaparición de la especie humana de la faz de la Tierra. Además, tuve el privilegio de que Andrés supervisara, junto con el biólogo marino Joan Giménez, los textos del libro infantil.





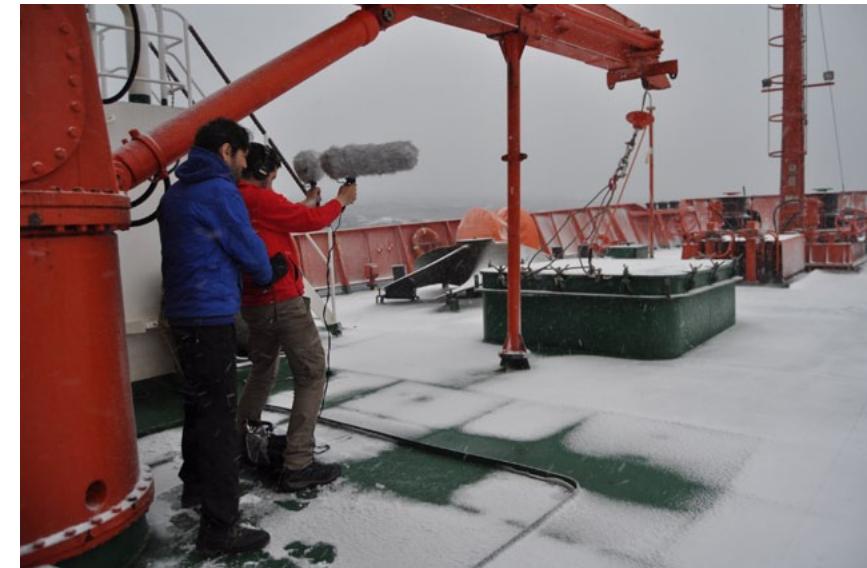
“En mi vida he dado dos saltos al vacío. El primero fue cuando me concedieron una beca para residir en Damasco y el segundo cuando presenté una propuesta de divulgación sobre la Antártida”

El documental, como este artículo, está escrito en primera persona, con emoción y honestidad. Por eso también afloran secuencias líricas y cómicas. Por varios motivos que prefiero no desvelar (¿espoilear?) el mío no es un documental tradicional sobre política y medioambiente. Creo que es un reflejo de la experiencia vital profunda, transformadora, que fue para mí –para cualquiera- visitar la Antártida. Recientemente me preguntaba una periodista qué se siente en medio de una naturaleza tan pura. “Purificado”, le respondí.

Los dos saltos al vacío acabaron bien. En Siria aprendí mucho, maduré mucho, a pesar de que ya tenía treinta años. Conocí a mi mujer, concebimos una hija que es una maravilla mayor que los cuatro kilómetros de espesor del manto de hielo antártico.

La inversión de dinero y tiempo (incontable), en el documental y el libro, me ha permitido llegar a una audiencia global, por primera vez en mi vida. Nada me da tanta alegría como que haya sido para promover valores fundamentales. Primero compró los derechos Movistar+, donde aún está disponible en su plataforma on-demand. Después le siguieron varios canales internacionales, como Deutsche Welle, y otros en Rusia, países bálticos, Asia Central, México o la República Checa. A día de hoy más de 200 mi-

Grabando sonido durante un temporal /Jose Ignacio Romero



llones de personas en todo el planeta pueden descubrir los valores del Tratado Antártico en español, alemán, inglés, ruso y árabe. Espero que pronto también en portugués. Incluso en China el Festival Handle Climate Change Film Festival nos acaba de conceder el Tercer Premio. Y digo “nos”, porque en este salto iba de la mano de un equipo técnico, todos buenos amigos, que además son mis insensatos coproductores. En justicia, estos son sus nombres: Amyga, Playground Estudio, Into the Wild, Gigantes y Molinos, Breaking Waves.

El libro, con unas deliciosas ilustraciones de Raquel Martín, ha sido publicado en nuestro país, en español y catalán, por Mosquito Books. Los derechos han sido adquiridos por editoriales tan prestigiosas como Prestel Publishing, Nathan o

Electa Mondadori, para su publicación en Alemania, Francia, Reino Unido, Estados Unidos, Italia y Holanda. Otros, como China y Corea del Sur, esperamos que se sumen en 2021.

Pido disculpas al que se haya sentido decepcionado por este artículo. ¡No se explica nada sobre la Antártida! Tampoco sobre cómo fue mi cruce del paso de Drake, ni una palabra sobre mi recuerdo más emocionante, la descripción del momento más peligroso... Lo que tengo que decir a ese respecto ya está dicho en el documental y el libro. En realidad no todo; aún me queda una novela de aventuras antárticas, para adolescentes, que estoy ultimando y para la que aún no tengo editorial ni, merced a la paternidad, tiempo para terminar. Pero no hay miedo, el tercer salto al vacío es pan comido ■

